

Retobos Emplumados

PINO PÁEZ
(Exclusivo para Voces del Periodista)

Crónica muy en retrospectiva

LOS AYERES MÁS ENVEJECIDOS suelen llegar de improviso, desbordantes, escurriéndose repentinos de una vasija memorial, desenvuelven el fondo que antaño se vedara, y lo que fuese visto en nimiedad... reaparece fulgurante en la completita astronomía de su esencia.

En la sacristía del sudor



Ayer inhalé ayeres en evocativa repetición. De nuevo aspiré aquel parroquiano transpirar de parroquia en otra reiterada: cangrejeé casi medio siglo reinstalándome en los baños Jordán, en el inicio preciso de Balderas, reigo el traqueteo 30-30 contra la demencial fijeza de la pera loca; el ruido de la cuerda como zancadas de lejanísimo turbión con que varios seres empapados con la intimidad de su fatiga, brincan y brincotean una exactitud de vendavales; huelo nuevamente el sudor de quienes enguantados entrenan la rutina del sacrificio en el atrio de un destartalado cuadrilátero. Olor de mártires cotidianos. Olor de sacristanes en los preparativos del misal más heterodoxo cuya sangre sin consagrar será la de ellos, cuya carne abierta hasta escandalizar Niágaras, será la de ellos, cuya caída sin cruz ni Verónica, será la

de ellos.

Pasión e intriga provoca ese menester de mártires sin más aureola que un sembradío de chipotes y hematomas, ese matutino corretearse a sí mismos en cuanto el gallo encuera de Pedro aquella tripartita rendición, ese diario trajinar en un ring donde todo es teatral excepto el ritual de la tranquizza, ese hacer sombra sin pizca de lobreguez en las paredes, ese comer poquito y escupir mucho para que el peso no crezca en pesadumbre, ese real desafío frente al ulular de una muchedumbre y bajo una lamparísima de luz enfurecida que alumbra y deslumbra el duelo de dos santidades descendidas en pleno descalabro, ese salir victorioso, exultante, con las manos más alzadas que un maizal, en tanto el ex rival se retuerce desfigurado sin que ninguno atisbe en su mueca la ilocalizable tragedia del perdido, ese salir vencido, solo, renco, trastabillando con la más absoluta soledad, exiliado de cualquier mirada, desterrado en las enceguedas dunas del ninguneo...

Los 60's en su fase intermedia, fecha en que muchos compraban una tarjeta mensual en los Jordán -más que para ducharse o aprovechar los parnasianos eructos del vapor- a fin de atestiguar los ensayos de José Medel, el genial "Huitlacoche", uno de los estetas más finos de fistiana, o a su antípoda: Rogelio Huitrón, "El Fortachón", un michoacano que personificaba el desbordamiento de un río que arrasa todo... pero que rapidito acabaría en sus propios añicos, al quebrantarle el cristal que se sintió marejada. O el jovencísimo "Púas" Olivares con su melena antes de rizar y una guardia a la antigüita que hacía de fintas ganzúas para abrir cerrojos de humanidad, o a un combatiente desguarnecido, con una pierna más rígida que columnata de mármol: el "Macetón" Cabrera, miembro del temible cuerpo de granaderos que peleaba arrastrando sus huellas, como si por meta tuviera la privacidad de su holocausto...

Re-aprehensión de silueta y apellido

Empero, lo que de antaño me llegó con una visión más pulida, pese a los ojos ya tan despilfarrados en impertinentes vistazos de ocasión, no fueron aquellos boxeadores sino un ser que de manera invariable sangraba abundante en la práctica casi siempre santiguada de ofrendarse a la penitencia del mandarriazo. De improviso recordé, o mejor dicho vi, con la reflejada y redundante nitidez de una reflexión... una silueta de **aparente** cintura pródiga, tronco superior

aparentemente

atinacado, muslos

aparentando

temblorosa flacidez de remolino en cada desplazamiento, torpeza andante que parecía vagabundear sobre terregales de crucigrama.

Aparencial

era la imagen que proyectaba puesto que (sabría yo después) se trataba de un deportista ejercitado meticolosa y cotidianamente, su figura antiestética y casi regordeta debíase a la simulación de su antropometría: cuerpo donde la grasa resultaba una patraña de la genética, un espejismo que sin oasis lo perjudicaba al darle un tonelaje peligroso, el welter, en una corporeidad achaparrada para tal división donde el moquete deja de ser coloquial trompada para mutarse en sentencia de arcabuz.

Evoco sólo un apellido: Urdavilleta, once letras en su bata de gladiador cosidas en semicírculo, una especie de tejido en hemicírculo que se apoderaba por entero de su espalda. Asimismo, su rostro se me acercó instantáneo: ripiosa cara clara con tenues provincias lechosas alrededor de los pómulos que daban la idea de un antifaz de centellas mal colocado. El semblante poseía ya los primeros indicios del molde de catedráticos del catorrazo: nariz que comienza su hundimiento, tabique que terminará por acomodarse en los paredones de la nuca; labios con cuarteaduras en el símil de un invierno pronunciado, orejas que en el génesis del verbo **coliflor ear** captan del huerto el cataclismo.

Unas tres veces a la semana asistí a los Jordán, presenciaba cómo se acondicionan los apóstoles del guamazo. Nunca fallaba Urdavilleta en las sesiones de su exclusivísimo flagelo. Pugilistas noveles y experimentados se disputaban orales el derecho de intercambiar guantes con él. Anhelaban ensañarse con la personificación de un costal, ejercitar el gancho al hígado hacia unas entrañas de verdad, poner en práctica el cruzado de derecha contra una mandíbula de verdad, ondularse en un ataque a dos manos destinado a una osamenta de verdad, a unos nervios de verdad... Todo el arsenal de la tortura destinado a un ser verdadero.

Lectura literalmente evaporada

Urdavilleta era un expediente de hemorragias, sangraba burocráticamente igual que un legajo que sin variación se empolva. Mientras en el ensogado su martirologio coloreaba la fluidez del rito, abajo más de uno comentaba en **zuumbar** de avispero: “Qué maleta, qué bulto, que baúl”. “Qué gandallez adueñarse de su masoquismo”. “Qué hambre por vapulearlo”... Era evidente que el boxeo era su vocación, profesión de la que no tenía ni una dote, sin ponch, ni resistencia, tampoco habilidad o maña, inocencia pura lista a beatificar. Hay otras vocaciones sin dotación que no desfiguran, la poesía, por ejemplo, qué de “poetas” hay que en el aire las componen, y si poseen algún vínculo con alguna mafia chirris o grandota, hasta les hallan la “desenterrada magia de la sencillez”. Me preguntaba en mi atragantado soliloquio ¿por qué su vocación no fue la danza, aunque se moviera como reumático rinoceronte?, ¿o el dibujo así

brotaran del pincel sólo garabatos?, ¿o el canto sin importar que contra tímpanos solamente balara linchamientos? La respuesta permanecía invicta e inundada en el torrencial de mi **salivario**

.

Resolví, una incipiente tardecita luego de atestiguar a los evangelistas de la tunda, quitarme de encima pesarosos rastros del insomnio, desprender de lengua y paladar un tendajón de ferretería, recuperarme con el cielo bajuno de un vaporazo. Allí estaba también Urdavilleta, lo rememoro en la pose más extraña: sentado en una banquita de loza, envuelto en una toalla blanquísima y descomunal, tamaño mortaja, ¡con un libro aferrado en por sus pulgares y la barbilla semisepulta en las intermediaciones del texto, como si él fuera parte del papel, de las palabras, de la historia!

Me situé en sus cercanías, leí con dificultad a través del evaporante nubarrón, un crédito en la portada: Fernando Alegría, novelista chileno en cuya narrativa está el pugilato. Decidí entablar una charla, dije que era una buena redacción que yo ya había leído y él -desde su nariz perpetuamente lastimada que le daba una tesitura de eufónica ronquera- me platicó que releía, que iba nuevamente en pos de “La trascendencia efímera que se atrapa”. Y a continuación conversó acerca de temas boxísticos en cuentos de Hemingway y Cortázar y una dramaturgia de Clifford Odets: **El muchacho de oro**. Y volví a preguntarme ahogándome en el caudal de interrogaciones la razón, la sinrazón, de dedicarse, no al boxeo, sino al martirio. Creó que intuyó mi resolución a explicitarle tales dudas, porque de inmediato se atrincheró en una sonrisa extrañamente lumínica que no me animé a traspasar. Me hizo cavilar que sería un interrogatorio tan babeante, como indagarle a un alpinista qué lo impulsa a treparse hacia los caserones del vértigo sin más compañía que su panorámica saudade. O inquirir a una doncella del talón la causa de alquilar la sabrosísima condenación del zangoloteo.

La trascendencia se enmarca sin fotografía

RETOBOS EMPLUMADOS

Escrito por Pino Páez

Martes, 02 de Febrero de 2010 20:48

